

MARTÍN FIERRO



DIA DE GLORIA

*¡Vivir entre el dolor hecho un andrajo!
¡Ser plebe sin ser luz! ¡y eso es ser hombre?
La esperanza y el sol surjen de abajo;
El abono en el surco tiene un nombre.*

*Los bordes de las llagas sacudidas
Se han erguido ante el látigo; banderas
De odio son sobre mártires tendidas
Frente al grupo solemne de las fieras.*

*El mundo, ese gran circo, está repleto
De luchadores, bárbaros altivos
Que forjan de otro mundo el esqueleto
En medio del asombro de los vivos.*

*El Lázaro social abre los ojos
¡Por fin! y entre la pompa de las vidas
Que irrumpen de su tumba, los despojos
De edades sacrosantas y podridas*

*Son lanzados al viento. ¡Ni un gemido
Óyese en la llanura ni en el monte!
Y un sol de amor en púrpura dormido
Me anuncia que se ha abierto otro horizonte.*

Alberto Ghiraldo.

"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA" *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *↔* CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS

"TRES CORONAS"

HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS *↔*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *↔* BUENOS AIRES

AGENCIA RISSO

ESMERALDA y CANGALLO

* BUENOS AIRES *

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

—* BUENOS AIRES *

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

LOS OBREROS Casa fundada
en 1854 *

DE
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoracion, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: F. Parada.

735 - CALLE DEFENSA - 735

A. Franchi & Cia.



Calle CUYO, 1121

In'rodutores

DE
Máquinas

de Coser

Velocipedos

y Armas

DE

Todas Clases

Agentes de la acreditada máquina de coser

"SINGER"

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 28 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 9

EN el afán de engañarnos con frases hemos dado en llamarnos «pueblos nuevos», nosotros que tenemos en la masa de la población el entendimiento europeo del siglo XII. Y estas tierras que fueron colonizadas por los españoles cerca de 400 años atrás, están ya en un nivel moral y material muy inferior al de la Australia, colonia penal hasta la segunda mitad del siglo último.

A la manera de «los odres nuevos con vino viejo», somos pueblos nuevos de raza envejecida por afeamiento del espíritu con las supersticiones de la antigüedad judía y pagana; hijos del presente por el organismo físico, hijos del pasado por el organismo espiritual, pues, si se atiende á la época de su constitución en el lugar, el pueblo más nuevo de la Europa es la Turquía, y uno de los más viejos es la Inglaterra, pero si se considera el entendimiento humano, el pueblo más viejo es la Turquía y el más nuevo es la Inglaterra, como los chinos son el pueblo civilizado más viejo del mundo por la perpetuación sucesiva del entendimiento de los chinos viejos en los chinos nuevos, que se envejecen al nacer, por el contacto del ambiente espiritual, como la sangre azul se enrojece por la acción del oxígeno del aire al salir de las venas.

Si todos descendemos de un origen común, y la raza se entiende por el elemento físico y no por el elemento moral, ¿cómo puede haber al mismo tiempo razas nuevas y razas viejas? Y si las razas sólo son viejas ó nuevas por las ideas los sentimientos y las costumbres claro es que sólo por el cambio de ideas, sentimientos y costumbres pueden ser rejuvenecidas.

Y por supuesto que, como los armadillos que llevan consigo la caserola en que han de ser fritos en su propia grasa, ciertos pueblos llevan, en las filosofías fósiles de los chinos, en el fanatismo petrificado de los árabes, los turcos, los marroquies y los persas, ó en la idolatría y el fetichismo de los católico-romanos, una costra de antigüedad, que es decir de infantilismo, á manera de caparazón de supersticiones y mojanjanas morales que los hacen impermeables á las nuevas disciplinas del entendimiento, que son los métodos modernos, y los harán caer—á unos más temprano, á otros más tarde,—anémicos de capacidad para la vida moderna en manos de los que siguen adelante. «Es que todas las reformas que han sido cumplidas han consistido—dice Buckle—no en hacer algo de nuevo, sino en deshacer algo de lo viejo».

Desde el vientre de la madre el niño hace sangre nueva con la sangre vieja y nace hombre nuevo con el espíritu en blanco, pero, como en los mostos afeados con los remanentes de cosechas antiguas, es la infusión del espíritu viejo la que envejece el entendimiento desde que empieza á constituirlo con los materiales hechos que recibe del ambiente.

Piel, músculos, tendones, nervios, huesos, esto nadie lo encuentra hecho á su medida, nadie puede aprovecharse de los de sus mayores, y cada uno tiene que hacerse de nuevo. Ideas, supersticiones, sentimientos, tendencias, aspiraciones, costumbres, esto se lo encuentra hecho y usado todo el mundo y nadie tiene necesidad de rehacerlo, á menos que se la cree él mismo. Y de ésto depende aquéllo, pues, á cada diferente sistema de ideas, sentimientos y costumbres corresponde una diferente medida de vigor físico y mental. El espíritu de la raza es siempre viejo en todas partes para el individuo naciente, y naturalmente, más infantil

PUEBLOS NUEVOS... (1)

donde más antiguo, donde menos reformado. De ahí la juventud de la América del Norte y la del Japón; de ahí la vejez de la España y de la América española.

El espíritu del chino nuevo es retrotraído, por el entendimiento humano vigente en su país, á las ideas, sentimientos y costumbres que florecieron en China 400 años antes de la era cristiana, y así la China es una nación de hombres perpetuamente renovados en carne y huesos y perpetuamente envejecidos en ideas y sentimientos. Del mismo modo es retrotraído el espíritu del español y del hispanoamericano del presente á las supersticiones que fueron contemporáneas del concilio de Trento en orden á la conducta de la vida, á la salvación del alma por la eficacia de las misas, de las indulgencias y de las donaciones á las iglesias; á la salud del cuerpo y al éxito de los negocios por el auxilio imaginario de las imágenes y de las reliquias milagrosas.

Y como el curandero que está matando á su enfermo en la noble convicción de estar salvándole la vida, nosotros, afeando el entendimiento de las almas nuevas del siglo XX con la infusión del espíritu humano del siglo XIV estamos reconstituyendo una raza vieja, con misión concluida en el mundo, en la ilusión de estar haciendo una nueva raza de hombres. para el desempeño de ideales nuevos. Porque un musulmán de hoy, verbí gracia, aunque sólo tenga 20 años, apenas es de este siglo por la carne y los huesos, pero en todo lo demás es un hombre del siglo XVI.

Así, nosotros nos renovamos en carne y huesos, permaneciendo siempre en el entendimiento de nuestros mayores; nos renovamos en especie material pero no en especie espiritual. «En Salta,—dice un distinguido normalista, cuyo nombre reservo para evitarle persecuciones clericales,—en la ciudad de Salta la vida humana es de 21 años; en 1835 la población era de 8000 habitantes y en 50 años apenas se ha doblado. Gobierno y pueblo solo se han preocupado de la edificación de iglesias y capillas; así, Salta, fundada en 1582, todavía no tiene desagües, ni agua potable, pues la que se bebe es un mero vehículo de pestes, pero cuenta con 22 iglesias, conventos, beaterios y oratorios», para pedir salud para los vivos á los muertos.

Esto es, pues, en Salta como en las demás ciudades á la española, el entendimiento humano del siglo XVI gobernando á las gentes del siglo XX en pueblos nuevos por los edificios públicos y las casas particulares, pero viejos por el espíritu de los habitantes, pues «las creencias de nuestros mayores» implican los hábitos de pensamiento y de acción de nuestros mayores, y los de nuestros remotos antepasados en la medida en que las creencias de nuestros mayores en orden á la conducta de la vida sean las que fueron de nuestros remotos antepasados.

Las simples variaciones de forma significan poco, y la circunstancia, por ejemplo, de que los sacrificios á los dioses y á los semidiosos no consistan ya en carneros, leche y vino, sino en alhajas ó dinero, no destruye la identidad fundamental de la superstición que reencarna en los hombres nuevos del siglo XX, por el modo de pensar. El modo de ser de los tiempos pasados, de manera que el alma del argentino ordinario está atrasada en tres siglos á la época presente, por la idolatría y el culto de las reliquias—que bebe en el ambiente espiritual que lo rodea.

AGUSTIN ALVAREZ.

(1) Del reciente libro «¿A donde vamos?»

CLÁSICOS CRIOLLOS

Santos Vega

(Conclusión)

La muerte del Payador

Bajo el ombú corpulento
De las tórtolas amado
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar, los campesinos,
Ante Vega se detienen.
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha, que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso,
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima á la guitarra,
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entónces el sagrado
Silencio que á Vega cerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador,
Y aunque el grupo, en esa estupor,
Contenerle pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en tortico con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo: —«Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo,
Lo mismo es Pedro que Juan.»

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
—«Por fin, —dijo friamente
El recién llegado, —estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que éstos provocan,
De saber como se chocan
Las canciones que cantamos.»

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entónces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento»

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludeo intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, que voces levantadas
Las que entónces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma solo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que vá, en pos del ideal,
Como el Cóndor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
Y de la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado
La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto
Mil ciudades el desierto
Levantando de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
E, inclinando el rostro hermoso
Dijo: —«Sé que me has vencido
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la jóven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

—«Adios, luz del alma mía,
Adios, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adios, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos
Lo han vencido ¡Llegó hermano
El momento de morir!»

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aún cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento termino:
—«Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció.»

DESPUÉS de haber cobrado los treinta dineros, Judas Iscariote, comerciante honrado y bienquisto en la plaza, abrió la bolsa y vió que no había ningún error ú omisión en la suma.

De repente, recordó la procedencia sospechosa de las monedas y, casi temblando, las revisó una por una.

—Parecen de buena ley, observó con alegría, y el peso está. Sin embargo, hay que desconfiar mucho... ¿Son unos bichos estos sacrificadores y fariseos de la sinagoga!...

Y sobre el pavimento dejó caer las piezas. Todas sonaron con argentino retintín.

Las guardó, entonces, febrilmente en su pecho y frotándose las manos:

—¡Lindo negocio hice hoy! exclamó.

Radiante la cara de júbilo, salió de la ciudad para no encontrarse con ningún pordiosero y fué á sentarse debajo de una palmera.

Y se puso á reflexionar:

—¡Qué hermosos campos son estos! Voy á colocar en ellos mi capital. Justamente hay un terrenito para vender. Me haré construir una casita, sembraré avena y trigo, compraré unas vacas, y también ovejas y gallinas, y me pasaré la vida como un rey.

«Este sonso de Jesús! En lugar de pensar en el porvenir y de ganar plata, se metía contra el gobierno, los sacerdotes y los ricos.

«Para qué le servía la inteligencia y la instrucción?

«No es el medio de hacer su camino hablar siempre de virtud y de moral. Con estos principios, uno se muere de hambre.

«Nunca he visto á hombre más idiota. Ya que había descubierto el sistema de los mercaderes del Templo, hubiera podido exigir de ellos una coima de primer órden.

«Pero nó! se puso á rebuznar como un asno y provocó un escándalo tal que hasta la policia tuvo que intervenir!...

«Era un ser peligroso. Pretendía reformar la sociedad. Decía que la justicia de los jueces no era la justicia de los justos. Decía que la ley de los hombres no era la ley humana. Decía que el amor valía más que el rigor. Hablaba pestes de las gentes con fortuna y protegia á todos los atormentados.

«Varios de éstos, como Pedro, Juan, Andrés, Yago, Felipe, Tomás, Mateo, Simón y otros, le decían: ¡Maestro! y se proclamaban sus discípulos. ¡Vaya! unos pescadores que oían mal!

«Por suerte, me he retirado ahora de su compañía.

«Sin embargo, no he perdido nada con ellos.

«Primero, era yo quien administraba los fondos. Recogía las dávidas, iba al mercado y sobre la carne, el pan y el aceite, siempre me reservaba una comisión.

«En segundo lugar, como Jesús no carecía de elocuencia y saber, y pertenecía á una familia distinguida, frecuentaba casas principales en donde mucho lo apreciaban.

Gracias á él, en algunas de ellas he logrado con muchos empeños, ser admitido.

«Lo mejor del caso es que, en su ausencia, he ido á prevenir á sus relaciones de lo mal que hacían en recibir á un loco sin prestigio como él.

«No me querían creer y para ponerlo mal con ellos, hasta he tenido que borrar cuentas y tejer mentiras. Esos amigos ahora me son muy útiles y me doy corte con ellos.

«Hasta les refiero, como obras mías, sentencias, discursos y parábolas de Jesús, y ellos á su turno me llaman:—Maestro! «Ja! ja! ja!

Respondió, como un eco á la risa infame de Judas, el graznido de un cuervo.

Pero sin turbarse, el miserable prosiguió:

—¡Cómo he sabido difamarlo!

«So pretexto de que había alimentado con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres, denunciábalo secretamente á los magistrados por especular sobre el hambre del pueblo con fines de dominación.

«A los médicos, que ya lo odiaban por atreverse á curar á los enfermos y á resucitar á los muertos, sin admitir salario alguno, les decía que se trataba de un brujo, experto en magia negra y aconsejado por el Espíritu de las tinieblas.

En este momento aulló lúgubremente un buho.

No perdió la serenidad el traidor y continuó:

—De todos modos, Jesús era hombre de malas costumbres. Transformaba el agua en vino, perdonaba á las adúlteras, visitaba á mujeres fáciles como á esa Marta y esa Magdalena, tan embobadas ambas que no vacilaban en derramar sobre su testa nazarena un frasco de nardo que bien valía trescientos dineros!...

«Ese intrigante que se pretendía doctor de los doctores de Israel me hacía mucho daño cada vez que me sondeaba hasta el fondo del alma con sus ojos de insoponible luz

«Mi conciencia no me reprocha nada... Y tengo la plata, la dichosa plata, la querida plata!...

Lo interrumpió el silbido horroroso de tres buitres que, desplomándose de las alturas, principiaron á describir círculos amenazantes sobre su cabeza de cabellera siniestramente roja.

Entonces el miedo lo invadió y huyó hacia la ciudad, exclamando:

—Me arrepiento! me arrepiento!

—¿De qué? le preguntaron los pontífices, en cuanto llegó á las puertas del templo.

—Tomen su dinero!... Es demasiado poco. Mi Maestro valía más y era inocente.

—¡Qué nos importa!

—Pero mayores ventajas me hubiera reportado seguir con él. Lo he vendido por una miseria, él tan bueno, tan generoso, tan leal. Denme siquiera otra cantidad. Rehusaron los sacrificadores, alegando las sanas prácticas comerciales.

Y por haber hecho un mal negocio, Judas, desesperado, se fué al Campo de la Sangre y se ahorcó.



UNA PATERNIDAD

Por la calle ancha y polvorienta, rodaba el tranvía al pesado trote de los caballos. Tres pasajeros iban adentro: un italiano de fuerte y enmarañada barba que se había quedado dormido, con la pipa en los labios y el sombrero inclinado sobre la oreja; una rubiecilla querida de viruelas, grave y mogigata como maritornes que quiere darse aires señoriles; y un mocetón criollo, regularmente vestido, que podía tener hasta treinta años, y que, a juzgar por la expresión del rostro, se aburría a no poder más. Ojo avizor al riesgo del acto, el mayoral fumaba con disimulo en la plataforma trasera, mientras el conductor, acaso para matar el tiempo, antes que para anunciar el paso, arrancaba plañideros sonos a su corneta de cuerno. Caía la tarde y el tranvía cruzaba apartado barrio.

Iban todos a cual más aburrido, excepción sea hecha del dormilón; mirándose la rubiecilla en el cristal de enfrente, tabaleando el mezo en el asiento, cuando alguien chistó en la calle para hacer parar el tranvía. Sonó el timbre, rechinó el freno y en tanto que el coche se detenía, maquinalemente, mozo y rubia volvieron el rostro hacia la portezuela de entrada.

Entró primero una vivaracha pequeñuela, sonrosada y blanca como los contentos de su edad, luciendo un gorrito de color celeste y una cabellera de oro que en bucles le caía sobre espalda y hombros; tras ella, otra más pequeña, —tres años tendría, —morocha de ojos pardos, peinada también de bucles, aunque de cabellos tan negros, que se hubieran dicho de ébano; por fin la madre con un mamoncito, vestido de blanco, muy paliducho y enclenque, y cuya cabecita redonda como una bocha, ostentaba, á manera de cabellos, una rala y larga pelucilla amarillenta.

Al ver aquella mujer, la más viva sorpresa se reflejó en el rostro del mozo. ¿Era ella? Bruscamente se evocaba el pasado en su memoria. ¿Ella? ¡La jovencita que un día abandonó hastiado de sus caricias! La última escena, escena de súplicas y lágrimas, tornaba. ¿Qué quieres que haga, sola en el mundo? ¡Ténme lástima! Esas palabras resonaban de nuevo ahora en sus oídos. ¿Era ella? Dudando, aturrido, la miraba. Ella se sentó á su lado, y cuando le vió sonrióle como á un amigo.

—¿Como está, Julio? le dijo con voz amable.

—¿Como está Juanita? balbuceó él, sin osar tutearla ni mirarla.

Ella sin embargo le tendía la mano. El la estrechó tembloroso.

Reinó el silencio. De nuevo marchó el tranvía. Los ojos de la rubiecilla les examinaban. Juanita inclinada sobre la peliniego la reprendía por pretender usurpar la ventanilla por donde su hermana, arrodillada en el asiento, miraba á la calle.

Una sonrisa se dibujaba en los labios de Julio.

—Vaya con la mujercita, pensaba; es toda una alhaja; no guarda rencores, vaya, vaya; y yo estúpido que me aturdi; pero que curioso, dame la mano como á amigo... curioso... curioso!

La observaba. Indudablemente apesar de los años transcurridos y de los hijos, no había cambiado mucho. Hasta la encontraba mejor. Sí, mejor. Más gruesa, más regular de facciones. Sólo no le agradaba la frente, ensanchada por el enraquecimiento del flequillo. Una pequeña cicatriz en la mejilla. ¿Se la había hecho él? No se acordaba. No, no debía habérsela hecho él. Cuando la golpeaba nunca le había sacado sangre...

—Catalina, quieta, eh? dijo Juanita con un gesto de amenaza á la revoltosa pequeñuela.

En esto llegó el mayoral y Julio, muy cortesmente, se empeñó en pagar.

—Gracias, dijo Juanita, sonriendo.

—De nada, contestó él.

Y de nuevo reinó el silencio. Ella no decía nada, y ¿qué diablo podía decirle él? Por fin, y más que por voluntad, porque se le escapó de los labios:

—¿Y son de Vd. Juanita, estos chicos?

—Mios son y este es el menor, contestó ella, meciendo entre los brazos al mamoncito que empezaba á brrear.

—Muy lindos.

—Eso á Vd. no más le parece.

Enseguida agregó:

—¿Y Vd. no se ha casado?

—No.

—¡Es posible! yo me casé hace cinco años.

Julio no pudo dominar un movimiento de sorpresa.

—¡Cinco años! tartamudó.

Precisamente ese era el tiempo transcurrido desde el abandono.

—Cinco años, repitió ella.

Y con la verbosidad que siempre la había caracterizado prosiguió:

—Sí, cinco años de matrimonio, cinco años de verdadero penar, si es que penar puede llamarse al trabajo continuo y á la lidia que ocasionan marido é hijos. En los primeros tiempos él se portaba muy bien; ingrata y mala sería yo, si dijese una sola palabra en contra de la conducta que entonces observó; pero después... ya fué otra cosa! Empezó á faltar de casa, á emborracharse, á no encontrar trabajo, y para completar mi desgracia, á golpearme.

Julio pensó:

—Él te habrá marcado en la mejilla. Estaba seguro de no haber sido yo.

Ella continuaba:

Mi vida se hizo un infierno. Por cualquier cosa me maltrataba, me quitaba el dinero... Un buen día no volví! A los dos meses se presentó lo más arrependido, y creo que sinceramente pues aunque me suele sacar los ahorros, se emborracha muy de vez en cuando, y no me pega, que es lo principal.

Escuchándola Julio sonreía. Pero ¡que caso más curioso! No solo no le recriminaba nada, sino que de buenas á primeras, como al mejor amigo, se le espontaneaba en confidencias, ¡que mujercita curiosa!

Juanita seguía hablando:

—¿Y los chicos? No se imagina Vd. el trabajo que dan; los disgustos, los malos días que ocasionan; unas veces por las travesuras, otras por las enfermedades.

¡Ah, las malditas enfermedades!

Se interumpió con una tosecilla y reanudó la charla señalando á una de las pequeñitas:

—Esta, la rubiecita que se llama Luciana, como se llamaba mi madre, tres veces la he tenido á las puertas de la muerte. Primero con el crup, después con una fiebre que me la deja seca como un palo y por último, y de esto hace poco, con una pulmonía que tomó una noche al salir de casa de la madrina.

—Antes no era tan charlatana, pensaba Julio.

Juanita con palabra rápida y clara, acompañándose de movimientos de cabeza y á las veces, bañeando al pequeñuelo que iniciaba un lloriqueo, proseguía:

—Esta otra, Catalina, la negrita, que así nosotros la llamamos en casa, se vino al suelo de una azotea y se quebró una pierna. Enseguida tuvo sarampión. Suerte que no me contagié la otra. Pero es una verdad que las desgracias nunca vienen solas. Murió mi madre, caí enferma y mi marido, para componerla, quedó sin trabajo. Se yo, sí, para lo que sirven las sociedades de beneficencia... ¡Si por ellas hubiera sido, nos hubiéramos muerto de hambre!

En resamidas cuentas, el que menos trabajo me ha dado hasta ahora, es este negrito, este pelito de choclo. Mire Vd. que feo es, y sin embargo, como le quiero!...

Y con tanta pasión besó al pequeño en la cabeza, que este estalló en chillidos.

El italiano despertó sobresaltado. La pipa se escapó de sus labios y en el suelo se partió en dos. Masculando algo en su idioma se arregló el sombrero. Después se quedó mirando melancólicamente los blancos fragmentos.

La emperingotada rubiecilla miraba con ojos de indignación.

—Cállese, cállese, mi vida, mi negrito.

Y con mil armarcos, procuraba la madre acallar al pequeño. Cuando lo consiguió, alzó el rostro y mirando á Julio, fijamente:

—Y todavía no le he dicho que perdí al mayorcito.

—¡Ah, perdió al mayorcito!
 —Sí, al que era suyo.
 Julio creyó haber oído mal.
 —¿Como dice? preguntó inclinándose para oír mejor.
 —El suyo, que era el mayorcito.
 —¿Mio? dijo él sorprendido é incrédulo.
 —Suyo, contestó ella sencillamente.
 ¿Pero Vd. no se acuerda? Cuando...
 cuando Vd. me dejó... yo estaba...
 si, tal vez no se acuerde; yo misma...
 —¿Un hijo mio? ¿que cuento es este?
 pensaba Julio.

—A los tres meses de dejarme Vd. me casé por la iglesia y por el civil. Mi marido conocía todo mi pasado. Por eso he podido perdonarle tanto!... Julito, le puse. Era muy parecido á usted. Ese lunar que usted tiene en la mejilla, lo tenía el nene, un poco más arriba, junto al ojo; idéntico, idéntico; mirando el de Vd., creo ver el de Julito. Pobrecito, tan bueno que era! Lo perdí de siete meses, cuando estaba en cinta de Luciana, la rubiecita. El pobrecito se empachó, enflaqueció hasta lo increíble, y paliducho, y encogido, y siempre con un quejido, tan triste, tan triste, se fué apagando, poco á poco. Está en la Chacarita.

Ella hablaba naturalmente, apenas si se notaba un dejo de emoción en su voz, y sin embargo, dos lágrimas asomaron á sus ojos, temblaron en los párpados, y al fin rodaron lenta y silenciosamente por las mejillas.

Julio, pálido y tembloroso, apesar de los esfuerzos que hacía para dominarse, balbuceó:

—Pero ¿no se está burlando Vd. de mí?

Ella le miró con asombro:

—¡Burlándome! ¿Y porqué? Vd. puede averiguarlo si quiere. Hay mucha gente de aquel entonces y muchos conocen el caso. Bastante se burlaron de mi marido, algunos bribones, diciéndole: ¿Y tu hijo del otro? ¿Qué iba á ganar yo con mentirle? Figurese...

Bruscamente calló, y volviéndose hacia el mayoral, hizole seña de parar. Tendió la mano al aturdido mozo:

—Adios Julio; Vd. comprenderá porque no le ofrezco mi casa. Y como habían entrado, una vez que se detuvo el tranvía, salieron unas tras otras, primero la rubiecilla, luego la peli-negro y por último la madre con el mamoncito en brazos.

Sonó el timbre y el tranvía reanudó su marcha. El italiano se habla dormido de nuevo; la rubiecilla bostezaba. Seguía sonando de vez en cuando la corneta del conductor.

Julio había caído en una meditación profunda. Una expresión de tristeza indefinible se diluía en su rostro. Las palabras de Juanita seguían resonando en sus oídos:

—... y paliducho, y encogido, y siempre con un quejido tan triste, tan triste, se fué apagando.

—¿Porqué? ¿porqué esto? pensaba con angustia. Tenía un lunar como yo...

Y cada vez se abismaba más, en evocaciones tristes. Parecía flotar en sus pensamientos, apagada, casi desvanecida, una carita de niño moribundo, carita pálida, dolorida. Tenía un lunar junto á la sien, y los ojitos extraviados y sin brillo le miraban... le miraban...

La voz de Juanita le repetía como una de esas cantinelas que obseden en las horas de fiebre:

—... y paliducho y encogido, y siempre con un quejido tan triste, tan triste, se fué apagando.

Un extraño frío se infiltraba en el corazón de Julio.

—Está en la Chacarita.

Y fué él quien lo dijo en voz alta que sonó ronca en sus oídos. Alzó la cabeza, sobresaltado. Afuera había caído la noche. El tranvía estaba iluminado. Había otros pasajeros. Ni el italiano, ni la mogigata rubiecilla estaban.

—¡Llauré sonado! pensé.

De pronto sacó con apresuramiento el pañuelo. Acababa de notar que tenía el rostro húmedo de llanto.

CAMILO DE COUSANDIER.



De "Albores"

¡Pobres seres!

Del tizón combustible de sus almas
 en nubes se desprende
 un humo que fantástico serpea
 y á fatuidad trasciende;
 ennegrece las huecas chimeneas
 de sus cráneos, y de esas cavidades
 ya trocado en vapor de vacuidades,
 en risible y pueril fraseología,
 se escapa por la grieta de los labios
 la humareda sombría.

Pronto se cubren de un hollin espeso
 de sus frívolas almas las paredes,
 y todo sentimiento generoso
 la vanidad clausura entre sus redes;
 pronto aquel tizne odioso
 al resplandor de la nobleza opone
 infranqueables barreras,
 dando tan sólo paso al humo infecto
 de que están llenas las cabezas huera.

MERCEDES PUJATO CRESPO.

El caso Pucci

Muchas veces hemos señalado el falso concepto que se tiene entre nosotros de los que profesan ideas denominadas libertarias.

El sólo hecho de conocerse por parte de las autoridades la reunión de un grupo de hombres que propagan ideas socialistas ó anarquistas, les basta para adoptar una actitud agresiva hacia ellos, preparándose siempre para repeler imaginarios ataques furibundos, de hombres que sólo luchan empeñosamente para hacer conocer teorías de regeneración humana.

Si esto sucede en la capital ¿qué no será en el interior de la república?

Lo prueba con evidencia una monstruosidad judicial que hoy revela la revista titulada MARTÍN FIERRO.

Sería tiempo ya que se dejara de considerar á los hombres que profesan ciertas ideas, como elementos nocivos y destructores de la humanidad.

Sólo la ignorancia puede formar semejante juicio.

(El Tiempo, de Buenos Aires).



AUNQUE escribo esta carta pensando en tí, mujer, no es para que tus queridos ojos claros la desfloren, ni para que tu corazón apresure su latir oyendo la confesión del mío.

Me dirijo á tí, en pensamiento. No eres tú quien está lejos de mí, sino tu corazón. No exento de triste voluptuosidad meabro á tí, de fantasía, como remedo pesaroso del tiempo, aun cercano y tan dulce, en que hablabamos de amores, las cabezas muy juntas, mis ojos en tus ojos, tus manos en las mías.

Sin embargo, verás estos renglones. Después de todo, tienes derecho á mirar por la rendija de luz que abrieron tus ojos en mi alma. Ahora no será, sino algún día, cuando yo me aleje más de tu memoria; y de tí no quede en el corazón del bardo errante más que un recuerdo, terrón de mirra, de esos que aroman la juventud.

Lo más dulce de nuestro amor fué su génesis: el espacio del primer saludo al primer beso; lo más noble su plenitud: el paréntesis de felicidad; lo más inquietante su ocaso, que, como toda agonía, es un dolor.

Hoy es sábado. Al-

gunas semanas atrás este día era para nosotros de encanto. Nos complacíamos, por una extraña convención, en adornarlo con las rosas florecidas en esta mañana de juventud. Lo imaginaste un día propicio; y era en efecto un día de locura. Aunque, á la verdad, tu capricho no lo comprendo ahora; para nosotros ¡cuál día no era sábado?

¡Hoy, cuán distinto! nos separamos, huyéndonos. Tú correrás á tus amigas, ó al parque, ó al vértigo de la avenida; yo me encierro voluntario en estos muros, abro la jaula á mis tristezas y las miro batir las alas de sombra.

¿Vuelan tus horas tranquilas? Nunca me consagras tu pensamiento? Es verdad tu ficción? Nada turba tus noches? Tu máscara es de impasible. No revelas sino armonía y bienaventuranza.

Pero dudo que indiferente vayas, hoy mismo, adonde yo solía acompañarte, sitios que este sábado tal vez andarás sola.—¿Nada te dirá la mudez elocuente de las cosas; de esas mismas cosas cuyo acento silencioso interpretabas ayer por favorable á nuestro amor?

Si conocieras hoy la curiosidad de mi pluma y de mi espíritu, radiante de júbilo me creerías enamorado. Y de veras te digo: nunca me despertaste más interés que ahora, cuando te pierdo.

Yo te he visto junto á mí, delirante de pasión. Yo he sentido rodeado mi cuello de tus brazos, blancas serpientes de amor; y tus caricias me han envuelto en fogosa nube. Yo he oído tus confesiones, entre besos. Yo ví el oriente puro de todas las perlas de tu alma. Tu cuerpo y tu corazón fueron míos. Y nunca te amé como ahora! Te amo con el amor piadoso de lo que se va: como ama el jardinero la planta que un día cultivó, y ve deshojándose; como ama el padre, entre sollozos, al hijo que se muere.

Tus primeras caricias me fueron dulces, muy dulces, doblemente dulces; representaban una conquista sobre tu corazón y un robo á tu marido. Tú eras "la fruta del cercado ajeno". Eras manzana de oro de un jardín hespérico, guardado celosamente; y tu conquista valía por un trabajo hercúleo. Eras, en ilusión, la Elena á cuyo raptó ardería Troya.

Además, ví tu hermosura intrépida, casi desdeñosa, afrontar la granizada de lisonjas, que llovía sobre tus primaveras, aun en flor; y tuve por valerosa la empresa de rendirte, en lid galante.

Roto el hielo, enfrenado tu indiferentismo, siendo ya mía por cópula ideal, me produjo tu amor dulces horas de dicha, tan dulces, ay, como fugaces. Paseé tu gentileza de mi brazo, por entre los disparos de la envidia, frente á rivales sin fortuna, bajo miradas rabiosas. Mi vanidad se adornó con tu hermosura. Te lucí como una joya.

Y cuando tu cariño se cristalizó en besos, cuando florecieron las ternuras, estuve lleno de alegría y de vanidad pensando cómo desterré de tu corazón á tu esposo. Entonces fué cuando una gran orquesta rompió en dulzuras líricas, allá adentro en mi alma. Algo cantaba en mi corazón; pero en voz de sirena, suave y pérfida.

Supe un día, con detalles que arrancan gritos de angustia, toda tu historia. Con tu marido no eras feliz. La mujer frágil, de alma tierna, no se compadecía con el obeso patán. El marrano de tu esposo no te merecía. Las pezuñas del cerdo no eran para tus formas delicadas. Cuanto á tus amadores, eran tan insulsos! Fui yo el primero, me dijiste, cuya necesidad no te acidulaba los galanteos. Por eso fueron para mí tus más zalamerías coqueteterías. Por eso me amaste.

No bien supe de tu boca estas miserias íntimas, cuando comenzó á suceder en mí una cosa extraña; algo semejante á lo que debe de ocurrir al espectador, si luego de seducido por el encanto de las decoraciones, entra en el escenario. Allí verá las aureolas desvanecerse. Allí verá que la magia es obra del tramoyista; cómo las lágrimas las dicta el apuntador.

De tus confesiones mi vanidad de amante salía maltrecha. Tus confidencias mataban mi ilusión. ¿Cuál era mi triunfo? Sobre quién vencía? Sobre tu esposo? No lo amabas. ¿Sobre tus pretendientes? No los apreciabas. ¿Sobre tu corazón? Tu corazón era, ahora lo veía, una presa fácil. Ya no me envanecí de tu afecto.

Tú, entretanto, me querías más. La flor de tu alma, rociada por vez primera con blando rocío de amor, abría sus pétalos, rosados y llenos de perfume. Por eso padeciste de veras, en tu orgullo y en tu amor, cuando empezaste á advertir la tibieza ó el cambio de mi afecto.

¿Qué pasó por tu alma? Casi me atrevería á decírtelo. Pensaste primero, que era ficción de enamorado feliz; luego fué cuando comprendiste que una como racha de invierno penetraba en mi pecho, marchitando queridas y verdes ilusiones. Allá en tus mientes no me juzgas con generosidad; me supones más cruel que infeliz. Y ¿cuándo será que te perdones el haberme amado?

Sin embargo, sabe que soy la víctima, en esta novela sentimental; víctima de una idea, de una preocupación, de una locura, de algo más fuerte que mi voluntad, de algo que tuerce el cuello á una dulzura dentro de mi alma.

Perdiéndote se apaga un sol de mi cielo. Te distancio de mi corazón, á mi pesar, á tí, en cambio, te separa del mío el orgullo. Te dices ofendida con mi proceder. El sacrificio de tu amor es el tributo que pagas á tu vanidad.

Ave de paso, yo volaré lejos, muy lejos, más allá de los horizontes. Padeceré la nostalgia de tus caricias; y los besos nacidos en mi boca, para tu boca, los besos que nunca te dí, me abrasarán.

Pero correrá el tiempo. Cultivaremos nuestras almas; y otra cosecha de amores, acaso más rica, un día colmará nuestra ventura. Cuando se abran las nuevas rosas, y sus pétalos nos llenen otra vez de fragancia, recordaremos con melancolía el viejo amor.

Este amor, que es ahora un dolor, será mañana una memoria dulce. El alma nunca se arrepiente de haber querido; y con más ternura guarda, en el estuche de los recuerdos, la memoria de un amor desgraciado, que la de un amor feliz.

R. BLANCO FOMBONA.



... Y se sentó á descansar.

Una profesión de fé revolucionaria.



(Este suicida fué un obrero modesto y afanoso; fué un héroe del trabajo. ¿Qué porque se mató? Porque era un íntegro. Pocas veces la sinceridad ha tenido en el mundo representante más completo. Concebimos su resolución los que lo hemos sabido tan sentimental como bravo y solo capaz de llegar á la crueldad tratándose de él mismo. Dado su temperamento no ha sido, nó, una causa nimia la que le ha arrestrado á resolución tan suprema. Según opinión reputada científica y, como tal, con autoridad—¡una opinión bárbara, sin duda!—un mal congénito le aseguraba nefasta descendencia. (Es preciso hacer constar aquí que Betemps se hallaba en esperas de contraer enlace.) Para un pasional sin ideas, es decir para un pasional vulgar, el caso hubiera tenido solución diferente; eran varios los caminos á seguir. Para este hombre-escapación, todo pureza, no había sido uno: el sacrificio. ¡Todo por la humanidad! ha exclamado arrojándose, al tico, su cadáver en nombre de un grande ideal. ¡No pudiendo unirse con su novia se casó con la muerte anulando su vida en nombre del porvenir! He ahí el drama, grande, enorme en su sencillez.

Quizá la última voluntad del suicida, que nosotros cumplimos, ha sido la de dar publicidad á la carta que damos á continuación, --su testamento político por así decir, errado con una frase hermosa y caliente; arranque noble y fuerte que sintetiza la índole de energía de que estaba dotado su espíritu.

Otra de los resoluciones de Betemps ha sido la de destinar todos sus ahorros de obrero á favor de la propaganda libertaria. De esta resolución, ya cumplida, fué también encargada la dirección de MARTÍN FIERRO).

Mi muy querido hermano:

He recibido tu afectuosa del 14, y te participo que he experimentado gran sorpresa y satisfacción al conocer tu opinión política, pues aunque esta no sea en absoluto la mía, tu primer condonancia me indica que tu razón y tus buenos sentimientos están muy por encima del egoísmo de la clase dominante y aristocrática—¡Reconocer la justicia que lleva el movimiento de emancipación de la clase obrera! Nada más!... el resto no es sino táctica y teorías que

varían hasta lo infinito—cada cual creyendo hallarse en lo cierto.

Por tu parte, te has formado una opinión, y admitiendo la exactitud del principio que todas son falsas, crees que, aunque respetadas, pueden al menos ser discutidas.

Según crees, nada puede obtenerse seriamente, fuera de la evolución; es también la creencia de la mayoría de los intelectuales que no conocen la cuestión social, sino superficialmente ó teniendo intereses personales que defender. Los Hugo, Reclus, Kropotkine, Zola, Anatole, France, etc., han preconizado todos la revolución como una ley fatal de la humanidad—y necesaria—constatando que todas las libertades obtenidas por el pueblo lo han sido por la sangre, y tengo la seguridad de que si tus ocupaciones y tus inclinaciones personales no te hubiesen impedido tratar de profundizar el pensamiento de esos grandes autores—cuya competencia es universalmente reconocida, no hubieras podido condenar de una manera tan enérgica, la opinión que profeso.

Creer, como tú lo haces, que en los momentos de los conflictos proletarios son los anarquistas quienes con sus provocaciones dan motivo á la demora del triunfo de las reivindicaciones, no es sino profundísimo error, por el sencillo motivo que jamás gobierno alguno ha cedido á las solicitudes del pueblo, mientras este no hizo uso de la violencia. ¿No tienen, acaso, el deber de defender las leyes sancionadas, leyes que bajo todas las formas garantizan la propiedad á los poseedores de la riqueza? No pudiendo hacerse otra cosa en el terreno de la legalidad, es inútil implorar á la autoridad lo que no puede permitir ni tolerar. Es preciso pues imponer sus derechos, y ahí está la historia para demostrarnos que la revolución es el único medio para ello—ya sea una colonia dominada por un país extraño, ya sea el pueblo que, cansado de sufrir, se rebela y triunfa—pero en ningún caso las solicitudes pacíficas dieron resultado alguno.

Actualmente, la revolución está latente un poco por todas partes, pero cansados de sufrir, los *provocadores anarquistas*—como tú los llamas—tratan de inculcar el principio de la rebeldía; ya hay demasiada sangre vertida, demasiadas persecuciones, agonías prolongadas, demasiado tiempo perdido en vano—esos prisioneros de bienestar obtenidos en cada huelga, cuando hay solidaridad, no son nada comparados con los derechos que tienen.

Considera las últimas huelgas: Armentières, Bilbao, etc.; todas tienen la misma nota, violencias, incendios, y sin sin embargo han tenido éxito y pronto. ¡Así se aprende á triunfar!—Por otra parte, estas no son sino chispas que pronto se habrán tornado en hoguera general. Y aunque admitiese contigo que la táctica anarquista retarde de algunos años—pongamos 20—si quieres—la realización del fin perseguido, ¿qué es eso comparado con los siglos de esclavitud en la cual vivimos? Más instruido el pueblo aprenderá á desconfiar del ideal socialista legalitario que, aun cuando promete la mar con todos sus peces, mantendrá las diferencias de clases que no pueden satisfacer á quienes tratan de redimir al hombre de todos sus malos instintos—ambición, egoísmo,—siempre seremos cual todos, prontos para devorarnos, mientras haya puestos honoríficos y privilegios que obtener y no modificaremos en nada—ó muy poco—la bestia humana.

¿Crees que la especie de socialismo hoy en boga con sus ingenuos proyectos de separación de la Iglesia y el Estado—lo que ya reina en diversas naciones—supresión de armamentos—lo cual sería hoy imposible—y retorno de las herencias á la colectividad, basta para asegurar el bienestar de todos? Como en todas las revoluciones pasadas, los victoriosos de mañana, ya sea por medio del sufragio ó de una revolución socialista, se encargarían de administrarlos. “No más ricos dirán aquellos que poseen fortunas,—haya 50.000 ó 1.000.000 pagarán tanto por ciento hasta el día en que la igualdad se realice” lo que jamás ocurriría,—pues los socialistas, emburguesados como los republicanos del 89, tratarán, por los mismos medios que la actual burguesía, de conservar sus privilegios de administradores y con el pretexto de asegurarse el derecho de distribuir sus favores cuidarán, como lo hace hoy la clase dominante de que un ejército permanente y una policía los proteja contra los descontentos—y estos serán numerosos, empezando por los millares de anarquistas que hoy existen.

Además, la iniciativa individual ó colectiva no podría desarrollarse libremente bajo un régimen opresor; y numerosos documentos de estadística demuestran que una empresa dirigida por una asociación de individuos será siempre más próspera que aquellas que son administradas por el estado.

¿Quieres algunos ejemplos? La sociedad inglesa de salvamento (Lifeboat Association) surgida por iniciativa de algunos marinos humanitarios y sin subvención alguna del estado, posee 310 boques de salvamento. No obediendo á ninguna “orden superior”, cada marino ó agrupación, está pronto á sacrificarse, doquiera haya siniestro, sin exigir nada de las personas en peligro, cualquiera sea la nacionalidad á que pertenezcan.—Esto es, supongo, internacio-

nalismo puro.—Según las estadísticas que alcanzaban a 10 años atrás, habrían salvado 2670 vidas humanas. Comprenderás que esos bravos marinos no admitan la tutela del gobierno, considerándose mucha con mayor capacidad que un académico que jamás ha afrontado la mar. A la primera señal, se consultan corren, nada de galones, mucha buena voluntad.

Así también la *Cruz Roja*, ha nacido de la iniciativa personal—no habiéndose ocupado los gobernantes hasta entonces, sino en matar—y puedes apreciar tú mismo los constantes progresos de esa institución y los beneficios que ella aporta a la humanidad. En fin, las expediciones científicas han salido todas de la iniciativa particular, sociedades geográficas, etc., etc., así como las líneas ferrocarrileras, explotadas por tal ó cual asociación y ya sean de una ó otra nacionalidad, se ponen de común acuerdo por economía y para mejorar el servicio.

En resumen, la tutela del gobierno autoritario, teniendo que defender nuevas leyes dictadas por los representantes del pueblo—contaminados enseguida de su elección que los coloca a un rango superior dándoles la convicción de que sus electores son unos imbéciles—tendrán buen cuidado de asegurarse primero su propio bienestar y después el de la gente menuda—siempre la vieja rutina—en fin, sería nuevamente una lucha interminable. La oposición, aumentada por los reaccionarios se volverá poderosa y además, dada la libertad que forzosamente deberá conceder un gobierno tal, y admitiendo por otra parte la conciencia despierta del pueblo, no puede concebirse que el principio de igualdad sea una vez más pisoteado, después de tanta sangre vertida, pues habrá el obrero aristocrático-intelectual mejor retribuido que el obrero manual tan indispensable, sin embargo, como aquel. De ahí, nueva injusticia, unos gozando de mayor bienestar que otros—lo cual puede admitirse hoy, más no bajo un régimen de igualdad—descontento, lucha de principios y finalmente nueva revolución.

¡Pues no!... nos oponemos a esas teorías, porque una sola debe bastar y acabar por siempre con la odiosa explotación del hombre por el hombre. En cambio, el ideal comunista garantizará a todos la libertad de acción. Si aquellos que, como tú, creyendo que el ideal socialista constituye el *non plus ultra*, quieren organizarse según esos principios, son muy dueños de elegirse a los que se encarguen de azotarlos cuando llegue la ocasión; no vemos inconveniente alguno en ello. Pero nosotros no los queremos! ahí! no! seguramente!

Reemplazaremos vuestras cámaras legislativas por reuniones familiares, donde los más inteligentes propondrán según los casos y sus especialidades, las mejoras susceptibles de aplicarse en beneficio común y nosotros los interesados todos, discutiremos y decidiremos lo que más nos convenga. En cuanto a vosotros, si en lugar de obrar de este modo, preferís nombrar vuestros representantes,—los cuales, como es natural, jurarán por todos los santos del Paraíso que defenderán vuestros intereses, demostrando así vuestra incapacidad para hacerlo vosotros mismos—sois muy dueños de hacerlo y si ellos abusan de vuestra inocencia, no echéis a nadie la culpa, sino a vosotros mismos.

Según numerosos estudios publicados, está plenamente comprobado que, bajo el régimen comunista, obtendremos no solo el bienestar sino también lo superfluo indudablemente, tendremos que pasar algunos años críticos, pues no se voltea un sistema que cuenta 900 siglos para re-

construirlo en seis meses; pero la esperanza nos sostendrá, nos alentará, nos ayudará a todos; y en muy pocos años, edificado todo por la producción amplia, la ciencia y aplicación de los nuevos inventos solo será necesario para coronar tan bello ideal, instruir a las generaciones venideras según nuestros principios de fraternidad, pureza, ayuda mutua, moralidad, ciencia aplicada al fin perseguido—todo consiste en eso—; y poco después el mundo se habrá tornado habitable, la vida será un sendero de alegría y de felicidad, realizada por un trabajo elegido por cada uno, según sus inclinaciones por todas partes rostros abiertos, dispuestos a amaros, a sacrificarse, una gran familia ignorando lo que significa odio y desprecio, hé ahí brevemente el fin que perseguimos!

No me detendré en demostrarte con cifras, la cantidad increíble de productos que obtendremos reduciendo las operaciones a su más simple expresión, los numerosos intermediarios desaparecidos, la explotación de todos los artículos en gran escala, la aplicación de la electricidad, las numerosas inteligencias que hoy se ocupan en perfeccionar armamentos, en la enseñanza militar,—mas bien dicho criminal en defender los privilegios de la burguesía y del clero, como así mismo aquellas que permanecen inculcadas por falta de medios para desarrollarse, en fin aquellas que se ocupan en las profesiones liberales—entonces inútiles—y dime luego si estoy en el error cuando afirmo que la sociedad comunista entera, sería una sociedad dichosa, intelectual, sin groseras ambiciones de riqueza, las generaciones más sanas, nacidas de un pueblo sano y del mas puro ideal. Ya no se verán viejos traficantes vendiendo la virginidad de una niña por un mendrugo, no mas amores interesados. El amor libre, el único, el verdadero amor, tal como lo exige la naturaleza, será entonces la ley sancionada por el pueblo.

Ciertamente, la evolución nos conduce a una sensible mejora, yo mismo aplaudo cuando esta se produce, no por la bondad de los estados, sino porque la conciencia del pueblo lo exige. Pero si vamos un paso adelante—y ese paso siempre lo mas corto posible es como tú mismo dices "*una lenta evolución*" que puede durar siglos, y eso es demasiado. El proletario conciente esta cansado de sufrir tanta injusticia, su agonía le es insoportable. Los grandes males requieren remedios energéticos, hay que cortar en la parte sana, es la operación que exige la gangrena adherida a la sociedad. ¡Esto significa Revolución!

Me dirás: ¡Pero desgraciado, no ves que manifestar de ese modo, tu manera de pensar, con esa sinceridad es perjudicar a tus intereses! Los gobiernos burgueses actuales—tal el clero bajo la inquisición—te fastidiarán y tratarán de apagar tu voz que no habla sino de humanitarismo, mientras que ellos tienen la misión de afirmar más aún el reinado de la opresión! A lo cual te contestaré: ¡Qué me importan las cobardes persecuciones de tiranos odiosos, si mi única felicidad consiste en obrar según los dictados de mi conciencia! Porque oprimirla y reprocharme a mí mismo habré faltado a mí deber! Estas expansiones me son tan dulces, tan bienhechoras que las más crueles persecuciones no harían sino aumentar mi satisfacción! En medio de una sociedad egoísta, hay un goce indescribible, el mayor de los goces que experimenta todo hombre libre; es decir con franqueza su manera de pensar y sentirse puro en medio de tanta inmundicia!

Tuyo affmo.

MARIO A. BÉTEMPS.

LOS PRUDENTES

Ha dicho no sé quién, que la exageración es insignificante. Cuando lo que se exagera es la prudencia, habrá que bajar algunos peldaños de la escala de los calificativos, para expresar bien una idea en que entra algo de triste y mucho de grotesco.

La única virtud del hombre es el valor. Valor en los puños, en la lengua y debajo del cráneo. El valor de los instintos es la virilidad: el valor de las ideas es la sinceridad. Si llega a veces el valor a una audacia tan inútil como admirable, el valor útil se llama constancia, y la prudencia no es simpática sino bajo la forma de un valor lúcido y paciente, que ve de lejos porque mira sin temblar.

El hombre fuerte es valiente por definición, en tanto que la única fuerza del débil es la prudencia, hija de la desconfianza y hermana de la astucia. El pueblo, inmenso corazón de la humanidad, ha creído y ha seguido siempre a los temerarios, porque son más fuertes que todo. Al pueblo no se le conquista con sofismas ni distingos, ni se le engaña mucho tiempo: es un Sansón sin Dalilas. Una intuición profunda le hace despreciar por igual a los curanderos y a los pleiteadores de la política. El pueblo sabe sin aprender y ama sin equivocaciones. El pueblo echa sencillamente a andar detrás del que se levanta en silencio y hace con sus pasos el futuro camino para todos.

RAFAEL BARRETT.

LA FORJA

Del martillo á merced ruje el acero,
Ronca la fragua con furor jadea,
Y marcan el compas de la tarea
Gangoso el fuelle y áspero el herrero.

Apegado á los hierros, que certero
Su fuerte brazo sin cesar golpea,
Es perfume para él la ardiente breca,
Manto de armiño su mandil de cuero.

Roja es su fé, que amargo es su mendrugo;
Férrica su voluntad, que agrio es su concono;
Y cuando pesa en su cerviz el yugo,

Con el martillo en la crispada mano
Huella el altar y derribando el trono
Busca el yunque en la frente del tirano.

LA LEY DEL FUEGO

Clavé los ojos míos en tus ojos
Y desbordando mi pasión ardiente,
Como ante el ara el místico creyente
Ante tus plantas me postré de hinojos.

Y al percibir los púdicos sonrojos
Tiñendo el mármol de tu blanca frente,
Embragado posé calidamente
Mis labios secos en tus labios rojos.

¿Cómo bajar unguido hasta el infierno?
Te amé en verano y te olvidé en invierno.
¿Y hoy me tachas de infiel? ¡Injusto exeso!

Aunque bisoña en el amor, repara
Que si las almas une el primer beso
El abrazo primero las separa!

PABLO R. DELLA COSTA (HIJO)

LEYENDA

Una leyenda pretenden—bueno allá vá una leyenda— Cuenta la historia sagrada, — que en tal lugar y en tal fecha, — fecha y lugar que no cita — pero que *mi* no recuerda — existió cierto gigante — que fué el terror de su tierra, — por su audacia, por sus formas — y por sus hercúleas fuerzas.

Todo el pueblo se postraba — ante su *altísima alteza*; — y con caras muy sonrientes — y mucho temblor de piernas — á su paso iban cayendo — de rodillas, en hileras, — los cobardes boquiabiertos — y las tontas boquiabiertas — para hacerle los honores — á su *Augusta Rece-rencia*.

Goliat, — que así se llamaba, — segun la historia nos cuenta, — el *jigante jantorum* — objeto de esta leyenda, — era un déspota sin freno — un canalla, un sinvergüenza — un miserable, un perdido, — y un bribón de siete suelas, — (me parece que estos títulos — son para honrar á cualquiera) — que abusando de las formas — dadas por naturaleza, — obligaba á todo el mundo — á servirlo por la fuerza.

Nunca le faltó en su casa — buena cama buena mesa, — y creo que hasta un buen puro — para después de la cena.

Vestía un traje tejido — con la más crujiente seda, — lleno de botones de oro — y de riquísimas perlas.

Siempre tuvo á su servicio — un buen centenar de negras — y una docena de blancas — para los días de fiestas.

Era, en fin, un soberano — este pájaro de cuentas, — para todos los cobardes — habitantes de su aldea.

Pero, como en este mundo — nunca la dicha es eterna — ni hay deuda, que no se pague, — ni plazo que no se venza; — también le llegó su día — á la *Alta, Altísima Alteza*, — y un David de mala muerte — pero de vida muy buena — que no se alzaba del suelo — arriba de un metro treinta, — sin farsa ni faramalla, — le puso á cuarto las pernas.

¿Cómo así? . . . sencillamente — ¿Véamos? . . .

De esta manera — Pasaba el gigante un día — vestido de alta etiqueta, — por la calle más hermosa — y principal de la aldea, — cuando llegó hasta su oído — por no decir á su oreja, — la dulce queja de una arpa — tocada por mano diestra.

Detúvose el *jigantorum* — á escuchar ante la puerta — por donde tímidamente — salía la dulce queja, — y vió que un sietemesino, — ante una gran concurrencia, — tocaba con arte y gusto — un arpa de ricas cuerdas.

Agachando cuanto pudo — su enorme y ancha cabeza, — traspasó Goliat ufano — los umbrales de la puerta — y dijo á los concurrentes — con voz pausada y entera:

Paren la música niños — que entro yo, paren la fiesta — y vaya á casa esta hormiga — á hacer sonar esas cuerdas.

Todos oyeron sus frases — con respeto y con tristeza, — y se inclinaron al punto, — como en señal de obediencia: — pero el tocador del arpa — nuestro David, por más seña, — levantando el instrumento — se paró sobre una mesa, — para mirar cara á cara — al gigante, y con soberbia, — digna de un león mal herido, — le habló á la temida fiera:

¿Quién eres tu so granuja, — so elefante, so trompeta — para mandar con tal prosa, — á mi y á esta concurrencia?

Al oír estas palabras, — se escuchó por bajo cuerda, — un ruido entre los oyentes, — mezcla de horror y sorpresa.

El gigante quedó un rato — contemplando con paciencia, — al primer hombre que osaba — hablarle de esa manera; — y luego, alzando su mano — le dió por sola respuesta, — un papirote en la nuca — que lo hizo rodar por tierra — con la mesa y con el arpa, — enredado entre las cuerdas.

Y desde hoy, por insolente, — le dijo, se te condena — á reparar tu instrumento — del mejor modo que puedas — para cantar noche á noche — en mi casa mientras duerma, — so pena de enviarte al limbo, — donde duertes á tu abuela.

Salió el gigante en seguida — inclinado por la puerta — á continuar su paseo — por la calle de la aldea, — entre dos mil boquiabiertos — y cuatro mil boquiabiertas — que á su paso de rodillas — iban cayendo en hileras.

En tanto el sietemesino — repuesto ya de su pena, — recogió ciego de rabia, — de su arpa las ricas cuerdas — y, formando á toda prisa, — una rica honda con ellas, — salió á escape hacía la calle, — buscó una afilada piedra, — la colocó sobre la honda — y la largó con tal fuerza — y tan buena puntería — contra el gigante que al punto — cayó este dándose vueltas — con una herida profunda — en mitad de la cabeza — ¡Así concluyó la vida — de tanta y tanta potencia!

¡Cuántos *Goliates* existen — sobre esta mentida tierra — que les está haciendo falta — de un David la mortal piedra!

SAMUEL FERNÁNDEZ MONTALVA.

CRÓNICA CIENTÍFICA

El radium.—Dos explicaciones de su energía.

Se han dicho muchas cosas aventuradas y algunas otras absolutamente absurdas respecto del radium y de sus propiedades. Hasta se ha llegado á decir que esta sustancia es capaz de emitir indefinidamente energía en forma de calor ó de luz sin que la fuente de esta energía disminuya y sin recuperación de ninguna clase, lo que, naturalmente, constituiría un trastorno de todas las leyes naturales, á las cuales, hasta el presente, se ha comprobado que la fuerza y la materia están sometidas.

Ante afirmaciones de esta naturaleza vertidas corrientemente en la prensa diaria, no creemos sea inútil hacer observar que ninguno de los sabios que han hecho del nuevo elemento objeto de su estudio ha llegado á conclusión semejante; y añadiremos que no dejarían de repudiarla si se les atribuyera.

Es un error completo pretender que el descubrimiento del radium ha derrocado todas las teorías de la ciencia moderna. Que la manifestación de las propiedades extraordinarias del radium haya hecho necesario una nueva coordinación de ciertas hipótesis en el dominio de la química y aun de la física, nada más exacto; pero el descubrimiento del radium aún yendo más allá de la expectativa de la teoría científica moderna, no ha traspasado la línea que esta última ha seguido invariablemente, y esto es lo que importa establecer.

La paradoja del radium emitiendo energía sin agotamiento visible y sin renovación de la fuente de esta energía, no puede ser más manifiesta. La fuerza y la materia no pueden ser creadas ni destruidas: sobre la fuerza de esta comprobación,

que ha servido y servirá de base inmutable á la ciencia, el mundo de los sabios ha emprendido la tarea de busca la explicación de esta manifiesta paradoja.

A este propósito nos hallamos en presencia de dos teorías: la primera, la de la absorción preliminar de la energía emitida; la segunda, la de la producción de esta energía por desintegración atómica constante.

Berthelot estima que el descubrimiento del señor y de la señora Curie es de lo más importante, pero comprueba que las características del radium las manifiestan también otras sustancias y aún parece que son comunes á toda la materia en grados diferentes de intensidad.

Algunos cuerpos, como el radium, las mani-



EN EL LABORATORIO.—Cuadro de Enrique Prins

fiestan en elevado grado, mientras en otros apenas si están indicadas. Berthelot considera el radium como un cuerpo dotado de una capacidad excepcional para almacenar las ondas de energía que emanan, por ejemplo, del sol y emitiéndolas enseguida. Según Berthelot, el fósforo es un elemento que ejecuta funciones análogas; esta sustancia, en efecto, emite ondas luminosas que decrecen rápidamente en intensidad hasta que una nueva exposición al sol le permite renovar su provisión de energía.

Esta opinión está basada sobre una teoría que en 1893 aventuró el doctor Johnstone Stoney y aceptada por sir William Crookes en su discurso inaugural de la *British Association*, en Bristol. Es sabido que las moléculas de los diferentes cuerpos están en constante estado de movimiento. Podría decirse que están animadas de dos movimientos: uno, que les es propio; y el segundo, el de sus constituyentes. Por «constituyente» entendemos los electrons que constituyen los átomos que forman la molécula. Así, que debemos considerar todas las moléculas de no importa el cuerpo, sólido, líquido ó gaseoso, como otros tantos sistemas solares en miniatura animados de una velocidad considerable, cada uno de ellos acompañado de un gran número de planetas y de satélites provistos de un movimiento propio de una velocidad enorme.

Imagínese ahora las moléculas del aire, en su perpétuo movimiento, yendo á chocar con un pedazo de radium; ¿qué sucederá? Las moléculas de esta última sustancia están también animadas de un movimiento propio, aunque no absolutamente análogo al de las moléculas de un gas. Evidentemente se produce, á consecuencia del bombardamiento que se sigue, un cambio constante de velocidad de dirección de movimiento, exactamente como cuando una cierta cantidad de bolas de billar lanzadas desde las dos extremidades de una mesa producen, cuando chocan, un cambio de velocidad y de movimiento.

Las moléculas no están todas animadas de la misma velocidad. Su velocidad media, en el aire, puede ser de 500 metros por segundo; algunas se mueven muchísimo más rápidamente, otras mucho más lentamente. William Crookes asegura que la estructura del radium es tal que, en cierto modo, tamiza estas diferencias y de ahí deriva su energía. De este modo las moléculas de movimiento lento quedarían apartadas, rechazadas á un lado, sin perder gran cosa de su velocidad; pero las de movimiento rápido se hallarían bruscamente detenidas y su energía quedaría absorbida por las moléculas del radium, energía que estas últimas emiten enseguida por radiación en forma de luz y de calor. El fósforo se comportaría del mismo modo.

En la teoría de la desintegración atómica, William Ramsay y el profesor Rutherford nos piden asimismo que consideremos el átomo como un sistema solar infinitamente pequeño, con planetas y satélites, cuyo tamaño, comparado al del átomo, vendría á ser lo que una bolita de estas que juegan los niños representa al lado de Notre-Dame, y animados, como los planetas y satélites de los sistemas astronómicos. de un movimiento que puede mantenerse durante millones de años sin pérdida aparente de su velocidad. Pero allí donde hay miles de millones de átomos algunos de estos sistemas acaban por chocar y el átomo hace explosión. Cuanto más grande es la complejidad del átomo mayores son las probabilidades de explosión.

El átomo del radium es el más complejo que se conoce, y entre los innumerables átomos de

su superficie los hay en bastante cantidad que hacen explosión constantemente libertando á los electrons que los componen, los cuales escapan con una velocidad comparable á la de la luz. Al desagregarse estos átomos, entera ó parcialmente, tienden á simplificarse, á formar, tal vez, otros átomos de una naturaleza menos compleja que la del radium, á transformarse en átomos de la especie más simple, como por ejemplo, en átomos de helium.

Un experimento de los más interesantes hecho por Federico Soddy y William Ramsay en el laboratorio de la *Universit College*; prueba que los gases emitidos por el radium se trasforman, en ciertas condiciones, en otro cuerpo simple, en verdad de los más simples; en helium, lo cual quiere decir que el resultado de la desintegración atómica del radium ha sido la producción del helium. Estos experimentos de Soddy y Ramsay, hechos en cantidades casi infinitesimales de radium, han dado siempre el mismo resultado.

Se espera con interés el resultado de experimentos análogos hechos cuantitativamente en París, y si este resultado es, y hay pocas dudas de que no lo sea, una corroboración de los obtenidos en la *University College*, la teoría de la desintegración atómica estará casi demostrada; en este caso, como declaró á un redactor del *Morning Post*, el mismo Williams Crookes estaría, hasta cierto punto, dispuesto á aceptarlo.

Una reciente experiencia del profesor Rutherford parece que es de tal naturaleza que daría el golpe de gracia á la teoría de la absorción de la energía.

En efecto, dicho profesor hace observar que si esta teoría fuese la verdadera se podría esperar que, colocando dos cantidades de radium una cerca de la otra, cada una de ellas derivaría un aumento de energía del bombardamiento que le inflige la otra. O bien aún, si un trozo de radium se dividiera en un gran número de partes, disolviéndolo, por ejemplo, en un líquido cualquiera capaz de disolverlo, se produciría necesariamente en este caso alguna cambio en la cantidad de energía emitida.

Pero el profesor Rutherford, que ha disuelto un pedazo de bromuro de radium en una solución de cloruro de radium que tiene mil veces su volumen, no ha comprobado, á consecuencia de esta subdivisión, la menor alteración en la radiación, cosa que habría debido producirse si esta radiación dependiera de fuentes externas de energía.

Estos experimentos serán en breve renovados de modo más completo, pero ante el resultado, ó mejor decir, ante la falta de resultado obtenido por su experimento, Rutherford saca en conclusión la improbabilidad de la absorción de energía por las materias radiantes.

Antes de terminar hacemos observar que existe otra sustancia en que la desintegración atómica ha podido ser observada. Esta sustancia es el ozono, una forma inestable del oxígeno, que tiende continuamente á trasformarse en oxígeno, y en el curso de este proceso los sabios han descubierto que emita electrons.

Aunque la cuestión no haya sido solventada de modo definitivo, la balanza de las probabilidades se inclina, tal creemos por lo menos, á favor de la segunda teoría. No faltarán ulteriores experimentos que arrojen más luz en esta cuestión. Para efectuar estos experimentos precisa antes buscar los motivos de procurarse el rarísimo radium en mayores cantidades—X.

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES



BIER-CONVENT



CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

DE

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT



y CERVECERIA



SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

9

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

10

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

11

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida)

COOPERATIVA, 717

BUENOS AIRES

Calle CUYO. 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO

CATÁLOGO GRATIS

12

LIBROS

Se halla en venta en todas las librerías y kioscos la segunda edición de **EL CREPÚSCULO DE LOS GAUCHOS** (estado actual de la República Argentina), al precio de 0.60 ets., por FÉLIX B. BASTERRA. **EL ESPÍRITU AMERICANO**, (periódico de involución) á 0.20 centavos.

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

16



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones á los periódicos quincenales "IL MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470

18



Bazar de la Favorita

Exposición permanente de menajes para instalaciones de casas y casamientos. Por 50 pesos se remite un menaje compuesto de un juego de mesa, loza inglesa decorada, un juego de cubiertos metal blanco, un juego de copas grabado, un juego de lavatorio, una lámpara comedor, una batería de cocina enlozada, total: 171 piezas por solo 60 pesos lo que vale 101.—Menajes grandes de 285 piezas por 100 pesos.—Menajes de lujo, de 344 piezas, por 195 pesos.—Casa especial en artículos de fantasía para regalos con estuche y sin estuche.—Precio fijo sin competencia.—Juegos de mesa, loza inglesa, decorada, desde 18.50.

FRANCISCO LIEZ

675 - PERÚ - 677

18

TALLER DE FOTOGRAFADO

— DE —

JORGE WEISS

Clichés para obras, avisos, catálogos, revistas, marcas, etc. Grabados en zinc y cobre.—Fotolitografía.—Cromoautotipia.

S. del Estero 264 -- Buenos Aires

U. Telefónica 246, (Libertad)

19

CLISÉS EN VENTA

En la administración de MARTIN FIERRO, (Lima 487), pueden adquirirse, á precios convencionales, los clisés de todos los dibujos y fotografías publicados en esta revista:

AGENCIA

— DE —

“MARTIN FIERRO”

EN EL ROSARIO

1288-CALLE CORDOBA-1288

LIBRERIA DE EMILIO SOTELO

Especialidad en libros científicos y sociológicos

EDICIÓN COMPLETA DE SEMPERE

Surtido general en artículos de librería y papelería

SUBSCRIPCIONES Y AVISOS

★ CIGARRILLOS ★

FEDERACIÓN

SON LOS MEJORES

Á 10 CENTAVOS